

Grafitis animados

Mauricio Molina

Autor de libros como Telaraña, La geometría del caos y Mantis Religiosa, entre otros, Mauricio Molina nos ofrece una muestra de ficción súbita: ese territorio de la creación verbal donde la poesía y la narrativa establecen complicidades subterráneas.

CRÓNICA

En el enorme basurero ubicado al Oriente de la ciudad habita un grupo de adeptos a una religión todavía desconocida que lleva a cabo un rito por medio del cual, cuando llegan las lluvias, son capaces de conjurar al arco iris y lo hacen aparecer a voluntad para celebrar sus ceremonias. A veces es posible observarlos a lo lejos deambulando entre montones de desperdicios. Llegados los tres años, practican una operación que borra sus ombligos. Se hacen llamar, por esta razón, Los Eternos. Se dice que buscan unos hongos que crecen en el óxido de la chatarra que producen visiones placenteras y los vuelve concupiscentes. Quien se ha aventurado a ir en su busca nunca ha regresado.

PARA LLEGAR AL BARRIO CHINO

En otras ciudades es grande y populoso; el nuestro es secreto como las obsesiones e infinito como la propia China. Hay quienes afirman que en otras épocas era más grande; tengo para mí que siempre ha sido inabarcable. Si te aventuras de día por las calles cercanas no encontrarás sino comercios, edificios en ruinas y hoteles que cercan la estrecha calle de Dolores.

Los otros habitantes de la zona, gente despreocupada y menos reservada de lo que se cree, aseguran que hay días en que multitudes de chinos llenan las calles. Durante algunas horas inundan los restaurantes, com-

pran cigarros, se reúnen en pequeños grupos y hablan en voz baja, como si quisieran ocultar que son chinos, lo cual es ridículo, puesto que la ropa de seda, los bigotes alargados, las barbas ralas y los rasgos inequívocos los delatan. Después de unas cuantas horas de invasión, desaparecen dejando las calles vacías. Nadie sabe dónde viven ni cómo es que sólo se ven de vez en cuando. Es difícil imaginar que la estrecha calle de que he hablado pueda albergar a tales multitudes.

Dicen que aparece sólo a ciertas horas, siempre de noche, en fechas difíciles de determinar. En el Barrio Chino puede esperarte la fortuna o la muerte. Lo veo en la bruma neutra de las calles angostas, en los ojos de los ebrios que deambulan en busca de mujeres y alcohol, en las ventanas insondables de cortinas entrecerradas (como la mirada de los chinos), en la luna que se ahoga en los charcos de aceite, en el olor dulzón del opio que brota de las grietas de los muros. El Barrio Chino es una daga con un dragón de plata en la empuñadura, un par de zapatos negros de tacón afilado, una falda entallada de prostituta ebria, una moneda con un hoyo en el centro.

El Barrio Chino habita el corazón de la ciudad, como también lo habita un lago siempre a punto de abrir sus manantiales secretos. En el Barrio Chino reviven los que se ahogan en el Ombligo de la Luna. Prostitutas milenarias hunden sus tacones en el lodo que se acumula en las orillas de las calles. Puedes vagar por sus calles sin nombre, hablar con sus habitantes y probar a sus mujeres; sin embargo, no puedes decir que ya estuvis-

te ahí. Para llegar al Barrio Chino hay que vagar durante mucho tiempo por los alrededores, siempre tratando de no llegar directamente, aplazando la llegada, como seduciendo a una mujer. Quizá no llegues nunca y te desvíes. Quizá llegues al primer intento. Mucha gente ha tratado de llegar sin conseguirlo; otros jamás han regresado. Porque aunque te encuentres de pronto en el corazón del populoso Barrio Chino, nadie te ha visto y nadie te conoce.

Vanos han sido los mapas. Sólo se consigue con ellos llegar a la estrecha calle de charcos pestilentes y aceitosos de que he hablado. Algunos se contentan con ello; otros saben que hay algo más, oculto bajo las escamas del asfalto, como un dragón dormido.

SONETO

(TANGO PARA TRIÁNGULO AMOROSO)

Los hechos ocurren en Buenos Aires. Un hombre ha muerto misteriosamente. Sorprendido en el charco de su sangre. La policía descubre a un extranjero. Ha regresado por una mujer. El triángulo amoroso es descubierta. Acusan a la viuda y al extraño. Todas las pruebas llevan a inculparlos: lamparones de sangre entre las ropas, una bala en el cuerpo de la víctima, el dinero que ha desaparecido. Los amantes terminan en la cárcel. Años después un siniestro notario tiene instrucciones de abrir una carta que el muerto ha dejado como herencia. El ajado sobre es desgarrado. Se sabe que el asesino es el muerto. La mujer y el extraño quedan libres. La venganza ha sido consumada. Demasiado tarde, en su amargura, los amantes vuelven a encontrarse. Ha transcurrido demasiado tiempo: solamente son dos desconocidos que han desperdiciado su existencia.

ETERNO RETORNO

Nadie lo vio descender del automóvil y dirigirse con paso firme hacia la casa abandonada. No había testigos que afirmaran que forzó la oxidada cerradura y entró al patio iluminado por la luz anaranjada del crepúsculo. No vieron su sombra atravesando los mapas de humedad de las paredes: las grietas como ríos o como líneas de una mano fantasmal empotrada en el muro, señalando un destino fatal, inexorable, pero también enigmático e ilegible. No se le vio llegar hasta el jardín ruinoso donde arbustos secos como medusas emergían del piso, ni hundir las manos en la tierra, justo bajo un árbol muerto, ni encontrar, a poca profundidad, un herrumbroso reloj al que veneraban las hormigas. El reloj estaba intacto, su tic tac resonaba como el corazón de un autómatas. El Otro que había sido en otro tiempo lo había enterrado

justo ahí, como un mensaje, una garantía para el próximo regreso. Recuerdo herrumbroso de una vida ya pasada, el corazón mismo del eterno retorno. Después de darle cuerda se quedó mirándolo, perplejo. Algún día, en el próximo ciclo, volvería por él. Nadie lo vio enterrarlo nuevamente, nadie salir de la casa, nadie encender el automóvil. Nadie desaparecer en la espesura de concreto. Nadie recordaría aquella tarde.

SUEÑO DEL CRÁTER MUSGOSO

Caminaba por las orillas de una ciudad. A lo lejos, más allá de un lago, podía ver una imponente ciudad de elevados rascacielos y modernas construcciones. Podía ser Londres, Nueva York o Buenos Aires. La bruma del crepúsculo lo iluminaba todo con una incandescencia vagamente anaranjada.

Un hombre oscuro caminaba delante de mí, conduciéndome por un parque poblado de altos árboles ribereños. Era un hombre vestido de negro, con un sombrero un poco más grande de lo normal. Con la certeza de los sueños yo sabía que era Borges y que me llevaba hacia un lugar muy especial. Pensé en un panteón, podía ser la Recoleta o el cementerio judío de Praga. Todo era extrañamente concreto, de una solidez y claridad extraordinarias. Después de una pequeña caminata, llegamos por fin hasta una enorme puerta. Pronto comprendí que bajo la oscuridad del traje y del sombrero del hombre que me conducía, no había nada: Borges no era más que una sombra. Me recordaba una imagen de Magritte.

—Éste es mi lugar secreto. Aquí me refugio de todos y de todo —me dijo su voz sin voltear a verme. Del bolsillo de su saco extrajo un manojito de llaves y abrió las hojas del enorme portón de herrumbroso metal verde.

Entramos. Era un jardín pequeño, hundido: un cráter tapizado de sedoso musgo que acariciaba los ojos. Aquí y allá había bancas oxidadas y también piedras talladas con caracteres y figuras que parecían prehispánicas, todas ellas eran redondas, ovulares, parecidas a meteoritos. Estrellas fugaces cruzaban el cielo del anochecer. El lugar era tranquilo y silencioso, como un santuario. Una calma y una tranquilidad intensas me inundaron al pisar el suave musgo. Entonces me di cuenta de que estaba descalzo.

Sin darse vuelta, con la voz de un profeta o de un sacerdote, la sombra de Borges levantó la mano y escuché sus palabras tartamudeantes, como si escaparan trabajosamente de su sombrero o de los bolsillos de su traje oscuro. Era una sentencia, una frase que dio por terminado mi sueño:

—Nada ha sido —me dijo— el pasado, como el futuro, se adivinan. ■